

# ANUNCIAR A JESUCRISTO: CIPRIANO CALDERÓN Y LA EVANGELIZACIÓN DE AMÉRICA LATINA

*P. Luis Ferroggiaro*

**E**L 4 DE FEBRERO DE 2014 PASADO SE CUMPLIÓ EL QUINTO ANIVERSARIO DEL FALLECIMIENTO DE MONS. CIPRIANO CALDERÓN POLO, OBISPO TITULAR DE TAGORA Y VICEPRESIDENTE EMÉRITO DE LA PONTIFICIA COMISIÓN PARA AMÉRICA LATINA. EN SU LARGA TRAYECTORIA DE SERVICIO ECLESIAL A LA SANTA SEDE Y EN PARTICULAR a la Iglesia del continente latinoamericano, Mons. Calderón desplegó a fondo aquel que fue el gran ideal de toda su vida: *Evangelizare Iesum Christum*, anunciar a Jesucristo, como decía su lema episcopal.

Mi primer encuentro con Don Cipriano, como lo llamaban afectuosamente quienes lo conocían personalmente, fue en 1988, con ocasión del segundo viaje del Papa Juan Pablo II al Perú. Entonces Don Cipriano era director de la edición en lengua española de *L'Osservatore Romano* y solía cubrir personalmente los viajes del Papa. Don Cipriano se hospedó esos días en una de las comunidades del Sodalitium, en

*El padre Luis Ferroggiaro es miembro del Sodalitium Christianae Vitae. Magíster en Teología por la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima. Es profesor de teología, Capellán Mayor y Delegado del Pro Rectorado de la Universidad Católica San Pablo de Arequipa.*

Lima. Mis superiores me pidieron, entonces yo un joven sodálite estudiante de teología, que fuese el chofer de



Don Cipriano durante su estadía en la ciudad y estuviese a su disposición para todo lo que pudiese necesitar. Fueron días excepcionales durante los cuales pude entrar en contacto en primera persona con su gran calidad humana y sacerdotal. Supo trasmitirme, ya en ese primer encuentro, su amor apasionado por Jesucristo y por la Iglesia. Posteriormente tuve la ocasión de encontrarlo de nuevo en dos o tres oportunidades más. Siempre me recordaba por mi nombre, siempre cercano, siempre bromista y simpático. Casi diez años después de nuestro primer

encuentro, en mayo de 1997, ya ordenado sacerdote un año atrás, fui designado oficial de la Pontificia Comisión para América Latina, con Mons. Calderón ya ocupando el cargo de obispo vicepresidente. Tuve la dicha de poder trabajar a su lado durante siete años, periodo que fue para mí una auténtica escuela de amor a Jesucristo y a la Iglesia.

### 1. Los inicios

Cipriano Calderón Polo nació el 1 de diciembre de 1927, en la hermosa ciudad extremeña de Plasencia, en la calle Sancho Polo. Sus padres fueron Anastasio Calderón Encinas y Esperanza Polo Jiménez. Fue el segundo de ocho hermanos: Manuel, María Carmen, María Encarnación, Esperanza, Cristina, Julián y Francisco. A menos de 250 metros de su casa se encuentra la iglesia románica de El Salvador. En esa histórica iglesia parroquial recibió el don de la fe por el Bautismo.

Realizó sus primeros estudios en su ciudad natal, primero en el Colegio de la Santísima Trinidad de las madres josefinas, luego en la escuela del maestro placentino Bonifacio Cano, en un caserón que existía frente a la parroquia de El Salvador, hoy ocupado por

algunas viviendas y la casa parroquial. Finalmente en las Escuelas Graduadas (hoy colegio Alfonso VIII), cuyo local se encontraba en la Puerta Talavera.

*Supo trasmitirme, ya en ese primer encuentro, su amor apasionado por Jesucristo y por la Iglesia.*

Desde muy pequeño Don Cipriano sintió el llamado a la vocación sacerdotal. Fue monaguillo en su parroquia de El Salvador, donde su tío, Julián Polo Sánchez, era párroco. Don Cipriano me contó una vez que, al enterarse de la noticia de la muerte del Papa Pío XI, su tío cura le pidió que tocara las campanas de la iglesia en señal de duelo. Recordaba Don Cipriano con cariño que ese había sido su «primer servicio al Papado». A los doce años, el adolescente Cipriano Calderón ingresa al Seminario de su ciudad natal para iniciar su formación eclesiástica.

El 16 de diciembre de 1890, con el Breve *Sempiternam Dominici Gregis*, el Papa León XIII erigió en Comillas, Cantabria, un seminario para la formación de candidatos al sacerdocio procedentes de todas las diócesis españolas, hispanoamericanas y de Filipinas. Al poco tiempo, el Seminario de Comillas, dirigido por sacerdotes de la Compañía de Jesús, se convirtió

*Recordaba con muchísimo afecto su paso por las aulas del Seminario de Comillas, donde la recia y sobria disciplina jesuita, junto con el rigor académico de los estudios imprimieron en él un estilo trabajador, constante, escrupuloso y responsable.*

en un centro de formación de gran prestigio por su calidad académica y su seria disciplina interna. Don Julián Polo Sánchez, ex alumno de ese prestigioso seminario, al ver en su joven sobrino cualidades para el estudio, promovió el ingreso del prometedor muchacho. En Comillas Don Cipriano estudió latín —lengua que llegó a dominar muy bien—, griego, humanidades y filosofía. Don Cipriano recordaba con muchísimo afecto su paso por las aulas del Seminario de Comillas, donde la recia y sobria disciplina jesuita, junto con el rigor académico de los estudios, imprimieron en él un estilo trabajador, constante, escrupuloso y responsable que lo acompañará durante toda su vida.

En 1948, con veinte años, fue enviado a estudiar a Roma como alumno del Pontificio Colegio Español de San José, que en ese entonces se

encontraba en el Palacio Altemps, en *Piazza di Sant' Apollinare* 48, en el corazón de la urbe. El joven seminarista español quedó enamorado de la Ciudad de los Papas desde el primer instante. Amaba entrañablemente Roma, donde vivirá la mayor parte de su existencia. Conocía la ciudad como ninguno. Le encantaba pasear por sus calles, visitar sus iglesias y monumentos así como dar a conocer sus incontables secretos e historias. Muchas veces tuve la dicha enriquecerme de su “sabiduría romana”.

Como alumno del Colegio Español se licenció en filosofía y teología en la Pontificia Universidad Gregoriana. Posteriormente estudiará los cursos para el doctorado en la Pontificia Universidad Lateranense, pero no llegó a doctorarse.

## 2. SACERDOTE FORMADOR Y PERIODISTA

El 19 de marzo de 1953, solemnidad de San José, patrono del Colegio, llegó el gran día de la ordenación sacerdotal, en la capilla del Palacio Altemps. Durante sus años de formación en el Colegio Español, a cargo de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos desde su fundación, Mons. Calderón se sintió muy inclinado hacia la formación sacerdotal como horizonte de su ministerio y pidió ingresar a esa hermandad. Se iniciaba así la primera etapa de fecundo ministerio y apostolado, como formador de futuros sacerdotes. En su calidad de sacerdote operario diocesano fue vicerrector y profesor de humanidades en el Seminario Metropolitano de Zaragoza, director espiritual del Seminario de Segovia y vicerrector del Colegio Español de Roma hasta su ordenación episcopal. Si bien los planes de Dios lo llevaron por otros rumbos, Mons. Cipriano siempre fue un *formador de hombres al servicio de la Iglesia*. Recuerdo sus afanes apostólicos con seminaristas o sacerdotes jóvenes de España o de América Latina.

Con muchísima frecuencia se acercaba de manera espontánea a los grupos de seminaristas latinoamericanos que encontraba en la Plaza San Pedro o en la *Via della Conciliazione*, bromeaba, recomendaba lugares a visitar, alentaba con paternal afecto. Durante mi tiempo de servicio en la Santa Sede, como oficial

*Mons. Cipriano siempre fue un formador de hombres al servicio de la Iglesia.*

de la Pontificia Comisión para América Latina, Don Cipriano fue para mí un auténtico *maestro de Iglesia*.

Ya de joven Don Cipriano comenzó a ejercer otra de sus pasiones: *el periodismo eclesial*. Había estudiado periodismo en la Universidad Internacional de los Estudios Sociales Pro Deo de Roma. Esa tarea era para él un auténtico apostolado, que ejercía con pasión y dedicación asombrosas. Junto con sus indiscutibles cualidades profesionales —manejaba de manera extraordinaria la lengua castellana, era concienzudo y muy serio en la investigación y recurso a las fuentes— Don Cipriano imprimía en todo lo que escribía su amor a la Iglesia y su devoción al Pontificado. Fue corresponsal en Roma de la Agencia

*Ya de joven Don Cipriano comenzó a ejercer otra de sus pasiones: el periodismo eclesial.*

Católica Española Prensa asociada, de la Agencia Logos, del diario católico *Ya* y del semanario *Ecclesia* de Madrid. Fue también colaborador de *La Gaceta del*

Norte, de Bilbao y de *La Vanguardia*, de Barcelona, así como de otras revistas y medios de información del mundo de habla hispana.

### 3. DIRECTOR DE L'OSSERVATORE ROMANO EN LENGUA ESPAÑOLA

El 25 de enero de 1959, Juan XXIII convoca el Concilio Vaticano II. Se pone en marcha la organización de ese colosal evento eclesial. En 1962 se crea la oficina de prensa del Concilio y Don Cipriano es nombrado jefe de la sección de lengua española. Desde ese privilegiado puesto de servicio, Mons. Calderón asistirá como testigo excepcional a las cuatro sesiones del Concilio. Continuará ejerciendo esa misma responsabilidad durante los Sínodos de los Obispos como portavoz para la lengua castellana y en la redacción de los comunicados oficiales de la oficina de prensa sinodal, desde 1967 hasta 1987. Desde esa posición, Mons. Calderón entabló contacto con muchísimos obispos y preladados del mundo, pero sobre todo de América Latina.

Sus afanes y responsabilidades periodísticas lo llevarán a seguir al Papa Pablo VI en su viaje apostólico a Tierra Santa, en 1964, y a Medellín, Colombia, en 1968. Fue precisamente en ese viaje cuando por iniciativa del Papa Montini, se maduró la creación de la edición en

lengua española del diario oficioso *L'Osservatore Romano*. Mons. Calderón fue elegido como su primer director, cargo que mantuvo hasta 1988, por casi 20 años. Fue la segunda gran etapa de su apostolado, que emprendió con tanta grandeza de ánimo como parvedad de recursos humanos y económicos. Armado de su máquina de escribir y de su fina sensibilidad eclesial, cuidaba con esmero y dedicación semana a semana hasta el más mínimo detalle de la edición del diario vaticano para que millares de lectores de lengua castellana, sobre todo de América Latina, pudiesen seguir el palpitar de la Santa Sede, alimentarse de la palabra del Papa y orientarse por su Magisterio, así como poner en contacto, unas con otras, a las Iglesias del Continente de la Esperanza. En una época donde no existía aún el grado de interactividad actual, donde no existía la velocidad de las comunicaciones de hoy, el servicio eclesial que prestaba Don Cipriano Calderón desde su despacho en *Via del Pellegrino*, en la Ciudad del Vaticano, resultaba invaluable para incontables obispos, sacerdotes, consagrados, laicos de las Iglesias en Hispanoamérica, que semana a semana podían así entrar en comunión y sintonía con la voz del Papa.

*Don Cipriano imprimía en todo lo que escribía su amor a la Iglesia y su devoción al Pontificado.*

Como director del semanario vaticano, buscando cómo llamar a las intervenciones semanales que el Papa ofrecía los días miércoles, Mons. Calderón creó el término “Catequesis del Papa”, término con el cual se les conoce actualmente.

Su dinamismo de apostolado eclesial no se agostaba a la comunicación escrita. Gracias a ese puesto de servicio, pero sobre todo a su calidad humana y sacerdotal, así como a su solicitud por la realidad eclesial latinoamericana que tanto lo apasionaba, Don Cipriano era referente ineludible para muchísimos preladados y sacerdotes del otro lado del Atlántico que visitaban Roma. Don Cipriano era un infatigable orientador, animador, consejero, guía certera para leer en recta clave eclesial las vicisitudes y acontecimientos del momento de la Iglesia.

#### 4. LA PONTIFICIA COMISIÓN PARA AMÉRICA LATINA

El 18 de junio de 1988 Juan Pablo II publica su Carta Apostólica en forma de *motu proprio*, *Decessores nostri*, con la que se reorganiza la Pontificia Comisión para América Latina. Hasta ese momento, la Pontificia Comisión para América Latina, creada en 1958 por Pío XII, funcionaba como una pequeña dependencia de la Congregación para los Obispos. Con esta decisión de Juan Pablo II, expresión de su solicitud por el continente latinoamericano, se asignaba a la Comisión «la tarea primordial de estudiar de manera unitaria los problemas doctrina-

*Armado de su máquina de escribir y de su fina sensibilidad eclesial, cuidaba con esmero y dedicación semana a semana hasta el más mínimo detalle de la edición del diario vaticano para que millares de lectores de lengua castellana pudiesen seguir el palpitar de la Santa Sede.*

les y pastorales que conciernen a la vida y al desarrollo de la Iglesia en América Latina, y además asistir y ayudar a los organismos de la Curia Romana más interesados por razón de su propia autoridad y competencia en la solución de dichos problemas específicos». Además, se le encargaba la «obra de específica conexión entre la Sede Apostólica y los diversos organismos supranaciona-

les o nacionales para América Latina» (véase *Decessores nostri*). En la nueva estructura de esa Pontificia Comisión, si bien se preveía que permaneciese “estrechamente vinculada” a la Congregación para los Obispos a través de la Presidencia, que *de iure* habría de corresponder siempre al prefecto de ese dicasterio, se creaba el cargo de “obispo vicepresidente”. El 3 de diciembre de 1988, Don Cipriano Calderón fue nombrado Obispo Titular de Tagora y primer vicepresidente de la repotenciada Pontificia Comisión para América Latina. Fue ordenado obispo el día 6 de enero de 1989 por el Papa Juan Pablo II, siendo consagrantes principales Mons. Edward Idris Cassidy, Sustituto de la Secretaría de Estado, y Mons. José Tomás Sánchez, Secretario de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos. Se iniciaba así la tercera gran etapa del ministerio eclesial de Don Cipriano.

La primera obra del nuevo obispo vicepresidente fue la de organizar y poner en marcha la nueva Pontificia Comisión. La tarea no era absolutamente novedosa para él, ya que había colaborado de cerca

en el diseño de la misma, sin saber que iba a ser después nombrado vicepresidente de ese dicasterio. Asimismo, la experiencia acumulada en la dirección de la edición en lengua castellana de *L'Osservatore Romano*, lo convertían en un privilegiado conocedor de la realidad eclesial de América Latina, además de los innumerables contactos personales y relaciones que había cultivado durante ese tiempo. Acostumbrado al trabajo fuerte y con pocos recursos a disposición, pero lleno de entusiasmo y de generosidad, emprendió el trabajo en las nuevas oficinas de la Comisión en el cuarto piso del edificio de la *Via della Conciliazione* 1 con un austero equipo de dos sacerdotes, una religiosa y una secretaria. Mons. Calderón fue renovado en el cargo por dos quinquenios consecutivos. Al cumplir 75 años, el 1 de diciembre de 2002, según lo establecido por la Carta Apostólica *Pastor bonus*, Mons. Calderón habría cesado en el puesto. Sin embargo se le pidió que permaneciera en el cargo, cosa que aceptó con su característica disponibilidad, hasta el nombramiento de su sucesor, el arzobispo y nuncio apostólico mexicano, Luis Robles Díaz.

*Don Cipriano era un infatigable orientador, animador, consejero, guía certera para leer en recta clave eclesial las vicisitudes y acontecimientos del momento de la Iglesia.*

Además de su puesto como vicepresidente de la Pontificia Comisión para América Latina, Mons. Calderón ocupó otros cargos importantes en la Curia Romana. Fue miembro de la Congregación para los Obispos, Consultor del Pontificio Consejo para las comunicaciones sociales, Miembro de la Comisión Interdiscaterial de la Curia Romana para una mejor distribución de los sacerdotes en el mundo, Miembro del Pontificio Comité para los Congresos Eucarísticos Internacionales y perteneció al Consejo de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos para la Asamblea especial para América.

Después de su retiro, Mons. Calderón siguió recibiendo obispos y sacerdotes en su apartamento del Palacio del Bramante, siempre activo, jovial, al corriente de los acontecimientos de la Iglesia, especialmente en América Latina, hasta que llegó la etapa final de su itinerario sacerdotal al servicio de la Iglesia que tanto amó: la del sufrimiento a través de la enfermedad. En esa acogedora buhardilla que Don Cipriano ha-



bía convertido en un “rinconcito latinoamericano”, lleno de adornos, cuadros, imágenes, de toda Hispanoamérica, el prelado extremeño pasó cristianamente sus últimos años, atendido por las Hermanas Franciscanas de la Inmaculada Concepción que lo acompañaban, siempre recordado y visitado por tantos amigos, obispos, sacerdotes, religiosos, laicos que buscaban su consejo o le expresaban su gratitud y afecto.

El Señor lo llamó a su lado el 4 de febrero de 2009. Mons. Calderón ofreció con amor sacerdotal el dolor y el sufrimiento de la enfermedad por la evangelización de América Latina. Sus restos descansan en la Iglesia parroquial de El Salvador, junto a la Capilla del Santísimo, al lado de la presencia real de Jesús a quien tanto amó en su vida terrena.

## 5. FISONOMÍA ESPIRITUAL Y ECLESIAL

No es fácil ofrecer al lector una imagen cabal y fidedigna de Mons. Cipriano Calderón. Fue un hombre de muchas facetas, de una experiencia eclesial tan amplia como rica, como ya se ha podido vislumbrar en el breve recorrido biográfico que hemos presentado. Trataremos ahora de ofrecer algunos rasgos de su fisonomía espiritual y eclesial.

*Mons. Calderón ofreció con amor sacerdotal el dolor y el sufrimiento de la enfermedad por la evangelización de América Latina.* Don Cipriano era español, romano y latinoamericano. Así se definía. En efecto, era profundamente español. Amaba entrañablemente su patria. Después de más de cincuenta años en Roma conservaba aún su acento extremeño fuerte, recio, tosco.

Lo suyo no era ese chovinismo rayano en lo ridículo que traiciona la verdadera pasión por lo propio. Su hispanidad se reflejaba connaturalmente en su identidad, en su manera de ser, de pensar. Encarnaba los valores de austeridad, franqueza, honestidad de su tierra.

Sin dejar de ser profundamente español, era hondamente romano, en el sentido más genuinamente eclesial del término. Amaba Roma y la sentía como propia. Conocía perfectamente la Curia Romana y representaba, con sus maneras modestas, ajenas a toda pompa o búsqueda

de reconocimientos, pero sin postizas falsas humildades, lo mejor de la tradición auténticamente romana de servicio al Romano Pontífice y a la Sede Apostólica. Le gustaba repetir: «servir a la Iglesia sin servirse de ella». Ese fue ciertamente un ideal que supo vivir plenamente.

Profesaba una explícita fidelidad afectiva y efectiva hacia la Iglesia y específicamente hacia el Pontificado. Desde joven lo cautivó la historia de la Iglesia, del Romano Pontífice y sus primeros escritos periodísticos los dedicó a la divulgación del Pontificado de los grandes papas Pío XII y Juan XXIII. Sin embargo, la figura que siempre lo cautivó por su hondura espiritual, humana, cristiana y sacerdotal fue la Giovanni Battista Montini, Pablo VI. Don Cipriano era un profundo conocedor de Pablo VI, de su figura, su pensamiento y su Pontificado. El joven seminarista Calderón tuvo la ocasión de escuchar personalmente al entonces Arzobispo de Milán y quedó impresionado de su talante humano y sacerdotal. Desde entonces se interesó profundamente en su pensamiento, en su trayectoria y ministerio pastoral, previendo el desenlace final de ese derrotero con la elección de Montini como Pablo VI en 1963. Poco tiempo después de la elección del Papa bresciano, Mons. Calderón publicó su libro *Montini Papa*, la primera biografía en lengua castellana del Pontífice recién electo, libro que tenía prácticamente terminado poco antes de la elección papal y que fue un rotundo éxito editorial. Posteriormente, desde *L'Osservatore Romano*, y con la colaboración de la *Libreria Editrice Vaticana* y de la Biblioteca de Autores Cristianos, se ocupó de la publicación de las *Enseñanzas al Pueblo de Dios*, una recopilación en tomos anuales de todo el Magisterio pontificio, primero de Pablo VI y luego de Juan Pablo I y de Juan Pablo II.

Mons. Cipriano sabía transmitir con sus palabras, con su pensamiento, con su ministerio, con sus actitudes esa profunda devoción al Papado, que no fue nunca “papolatría” sino una auténtica adhesión teológica y espiritual al Vicario de Cristo.

Finalmente, profundamente latinoamericano porque la solicitud y el amor por América Latina no le vino con el nombramiento de obispo

vicepresidente. Fue una pasión que fue alimentándose desde muy joven en su corazón. Primero desde la edición de *L'Osservatore Romano* en lengua castellana y luego desde la Pontificia Comisión para América Latina entregó lo mejor de sus energías, de su creatividad e ingenio, de su tiempo y de su vida entera al servicio de la Iglesia y de la Evangelización de esas tierras. Acompañó a Pablo VI en su primera visita al Continente de la Esperanza, y durante el Pontificado de Juan Pablo II estuvo junto al Papa Wojtyła en cada una de sus numerosas visitas apostólicas al continente americano, desde las grandes ciudades capitales hasta las tierras de misión, conociendo de cerca la realidad de todas estas naciones y acrecentando así su amor por ellas. Estuvo presente a distintos títulos, en las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano de Medellín (1968), Puebla de los Ángeles (1979) y Santo Domingo (1992). Conocía personalmente a casi todo el Episcopado latinoamericano. No había nadie mejor informado que él en la Curia Romana acerca de la Iglesia en Latinoamérica.

## 6. *EVANGELIZARE IESUM CHRISTUM*

Cuando el pequeño Cipriano Calderón fue bautizado en la Iglesia que lleva el título de El Salvador, parecería como si se estuviese cumpliendo una profecía, ya que el centro de toda su vida, fue siempre Jesucristo Salvador y Evangelizador. Era para él como una “santa obsesión” hablar de Jesucristo Salvador y al mismo tiempo de su misión evangelizadora. No era difícil percibir la profunda influencia que ejerció en su pensamiento y en su teología personal los escritos de su admirado Papa Montini y que encontrarían quizás su más lograda consumación en la emblemática exhortación apostólica postsinodal *Evangelii nuntiandi*: La Iglesia existe para evangelizar, esa es su identidad más profunda y ella le viene de Jesús, Salvador del mundo, el más grande evangelizador.

Tal vez la mejor síntesis de su trayectoria como obispo evangelizador sean las palabras que San Juan Pablo II recoge en la exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in America*:

«Jesucristo es la “buena nueva” de la salvación comunicada a los hombres de ayer, de hoy y de siempre; pero al mismo tiempo es también el primer y supremo evangelizador. La Iglesia debe centrar su atención pastoral y su acción evangelizadora en Jesucristo crucificado y resucitado. Todo lo que se proyecte en el campo eclesial ha de partir de Cristo y de su Evangelio. Por lo cual, la Iglesia en América debe hablar cada vez más de Jesucristo, rostro humano de Dios y rostro divino del hombre. Este anuncio es el que realmente sacude a los hombres, despierta y transforma los ánimos, es decir, convierte. Cristo ha de ser anunciado con gozo y con fuerza, pero principalmente con el testimonio de la propia vida» (*Ecclesia in America*, 47).